

GALATAS 2:20

En esta ocasión vamos a estudiar un versículo de la Biblia que es un pozo maravilloso de revelación; y es tan profundo que muchas veces no entendemos sus palabras, y a raíz de eso dejamos de recibir lo que nos puede proveer. Muchos sabemos este verso de memoria, sin embargo, hoy quisiera repasarlo con usted aprovechando la luz creciente y abundante que tenemos de lo que el Señor nos va dando a través de Su Palabra.

Dice Gálatas 2:20 ***“Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.***

Quiero desglosar las tres primeras frases de este versículo:

1.- CON CRISTO HE SIDO CRUCIFICADO.

¿Qué quiso darnos a entender el apóstol Pablo al decir: ***“Con Cristo he sido crucificado”?*** Quiso decirnos decir que Dios, el Padre, nos identificó con la muerte del Hijo. Es similar a que alguien tenga un accidente en una carretera, quede muerto, pero no lleve documentos de identificación; y de pronto alguien diga que esa persona se llama Juan Pérez. Si nadie más reclama el cadáver, muy probablemente le empezarán a dar trámite legal, como el muerto de la carretera llamado Juan Pérez. Por supuesto, el verdadero Juan Pérez está vivo, no ha muerto, pero ante las leyes, y trámites legales, Juan Pérez ya murió. Similarmemente, y mucho más profundo que este ejemplo que he puesto, es lo que significa que hemos sido crucificados juntamente con Cristo. Dios ya nos consideró como muertos hace dos mil años, podemos tener la plena seguridad que cuando estuvo Jesús en la cruz del Calvario, Él nos vio a nosotros en esa cruz, Él identificó a Su Hijo con cada ser humano, de modo que para él ya todos morimos.

Para Dios todos los hombres ya murieron, de modo que también quedó cancelado el decreto de ley que les era contrario, y que los condenaba. Eso es como que yo le prestara cierta cantidad de dinero a mi hermano Richard, pero a los pocos meses él fallece. ¿A quién le voy a cobrar esa deuda? Me guste o no, la deuda queda cancelada con su muerte. A esto se refiera la frase: ***“Con Cristo he sido crucificado”***, a entender que ante la perspectiva del Padre ya fuimos identificados como muertos juntamente con la muerte de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué maravilloso!. Si alguien le preguntara a Dios por alguno de nosotros, seguramente Él contestaría: “él ya es un finado”, puesto que para Dios ya estamos muertos en Cristo. Cada vez que el diablo nos quiere acusar, Dios no le acepta acusación alguna, por que legalmente, nos dieron el acta de defunción en la cruz del calvario. No se puede condenar a un muerto, aunque el infierno se abra, ya no nos puede tragarnos. ¡Oh, qué glorioso Cristo lo que hizo por nosotros!. Como dice Romanos 8:1 ***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”***. Ya no hay más condenación para nosotros, se acabó hermano, aunque el diablo busque no va a encontrar ninguna razón para acusarnos ante el Padre, porque para Dios ya estamos identificados como muertos en la muerte del Señor Jesús.

Tal vez alguien nos dirá: “... pero usted de muerto no tiene nada”, y lo peor de todo no es ni siquiera lo que diga la gente, lo peor es que nosotros nos vemos tan vivos ante el pecado que nos auto condenamos. El sentido de este verso no es decirnos que ya no cometemos pecados, más bien, lo que nos está diciendo es que para Dios ya fuimos identificados en la muerte de Su Hijo, es decir, nos atribuyó la obra de Cristo en el Calvario a favor nuestro.

¿Acaso no fuera maravilloso para algunos que están endeudados, llegar al banco a pedir su estado de cuenta, y que de pronto el banquero les diga que ni siquiera aparecen en la nómina de clientes?. Pues, más o menos como este ejemplo es lo que representa para nosotros la obra que Cristo hizo a favor nuestro, hemos sido salvos de la muerte eterna porque nos identificaron como muertos juntamente con Él. Como dice Romanos 8:33 “**¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. v:34 ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros**”.

Algo que debemos notar en la frase “**Con Cristo he sido crucificado**”, es que no dice “yo me he crucificado juntamente con Cristo”, sino fue una acción realizada por Dios mismo. Es Dios, el Juez del Universo quien nos dio por muertos juntamente con Cristo, fue Él quien dio ese decreto. Una cosa es lo que nosotros somos y hacemos, y otra cosa es cómo nos ve el Padre en Cristo. A título personal obviamente somos pecadores y pecamos, pero Dios no nos trata como pecadores, ni como muertos, sino como vivos de entre los muertos porque también Él nos ve resucitados juntamente con Cristo. Si en lo natural alguien fuera condenado a muerte en la silla eléctrica, y luego de ser declarado muerto médica mente volviera a la vida, tal persona debería quedar libre, pues, la ley no puede matarlo dos veces; al morir una vez queda cancelada su condena. Lo mismo nos pasó a nosotros, de manera legal hemos sido identificados como muertos en Cristo, ya no debemos vivir bajo acusación, el acta que nos era contraria ya quedó cancelada hace dos mil años.

Debemos creer que ya fuimos identificados como muertos en Cristo; y si pecamos no debemos darle espacio a la acusación de Satanás porque él ya no puede condenarnos. Nuestro adversario nos hace entrar en condenación, nos hace creer que no somos merecedores de llamarnos hijos de Dios, ni de asistir a las reuniones de Iglesia, etc. y a la verdad sí es cierto, nadie es merecedor de nada, sin embargo, por gracia hemos sido salvos. Es en este contexto que el apóstol Pablo levantó su voz y dijo: “**Con Cristo he sido crucificado**”, en otras palabras, ya no vivo dependiendo de mis obras, sino vivo por la obra que el Señor Jesucristo hizo por mi. En algunos momentos nuestra experiencia personal ante el pecado puede ser abrumadora, podemos sentir que hemos tocado fondo, sin embargo, ante los ojos de Dios no hay diferencia entre esta condición y la de aquel hermano que cree que no ha cometido ningún pecado. Hay creyentes que van a la Iglesia sintiendo que son merecedores de estar en las reuniones, porque a su juicio no han pecado pero están equivocados; y hay otros que no quieren ir a la Iglesia porque sienten que no son merecedores, y también están equivocados. La vida cristiana no depende de cuanto “sentimos” que somos o hacemos, sino de cuanto creemos y aceptamos que Dios ya nos identificó con la muerte de Cristo. No creamos las acusaciones de satanás, ni tampoco el juicio de nuestra propia mente. Ya dejemos de vivir de una manera fluctuante, esa vida de altibajos, que un día nos sentimos sumamente victoriosos y otro día nos sentimos menos que un gusano. No vivamos de “sentires” de nuestra alma, ni de la opinión de los demás, parémonos en el terreno de la fe que predicaba el apóstol Pablo: “**Con Cristo he sido identificado en su muerte**”. El Evangelio de Dios no se fundamenta en cómo estamos, ni en qué hacemos, sino en la obra de Cristo. Cuando Dios nos ve a nosotros de manera individual, lo único que Él ve es a alguien que ya está contado como muerto, con el único que Dios trata es con Cristo.

Nuestra verdadera restauración espiritual no parte de nuestras obras, para Dios no hay nadie malo, ni medio malo, ni bueno, ni muy bueno, para Él todos los seres humanos tenían que morir, y los identificó como muertos en la muerte de Su Hijo. Dios puede hacer Su Obra con todos, tanto con el que se cree muy “malo”, o con el que se cree muy “bueno”, para Dios esa clasificación no cuenta, a todos los metió en un mismo cuerpo, en Cristo. Tal como dice Isaías 1:5 “**Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. v:6 Desde la planta del pie hasta**

la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite". Hay hermanos que quieren reparar un caos irreparable, nadie puede remendar la naturaleza humana, es un caso perdido. Han mal entendido que el Evangelio les ayudará a mejorar su carácter, otros le piden a Dios que les ayude a dejar un vicio, otros su inmoralidad, etc. ¡No! Dios no quiere reparar a nadie, Él ya los mató a todos para hacerlos una nueva criatura. La única manera que Dios tiene para restaurar al hombre es la vía de la resurrección. Nuestro Señor Jesús terminó muriendo en una cruz para que todos fuéramos contados como muertos en Él; y así mismo resucitó como un hombre glorificado para que todos seamos contados en Él como nuevas criaturas.

Si el Padre nos identifica como muertos en la muerte del Hijo, entonces, ya también murió nuestro pasado, todos nuestros pecados, y debilidades. No debemos acercarnos a Dios dudando que Él puede hacer algo con nuestras vidas, no tengamos desconfianza de venir a Él, no creamos que Él siempre está pensando en cómo recriminarnos por nuestros pecados, al contrario, acerquémonos con confianza al trono de la gracia. Dios no condena a nadie, lo que Él hace es darnos la Vida del Hijo para que seamos vivificados. Parémonos en el terreno de Dios, caminando en Él sin acusaciones, sin que nos importen las opiniones del diablo, ni lo que digan las personas, ni los pensamientos de nuestra propia mente. Creamos que ser hallados como muertos en Cristo es la mejor opción que el Padre puede darnos. Si alguien tiene una enfermedad terminal, y aparte de ser incurable le causa tremendos dolores, ¿Acaso la mejor solución no sería la muerte? Así está la raza humana, tiene una enfermedad terminal llamada: "*su propia naturaleza*", por eso Dios quiso tratar ese problema de una vez por todas identificándonos con la muerte de Cristo. Si esta verdad no es el centro de partida de nuestro Evangelio, lo que tenemos es religión.

2.- "Y YA NO SOY YO EL QUE VIVE..."

Para poder entender esta otra frase, tratemos de parafrasearla de la siguiente manera: "*Mi falso yo ya no puede vivir más basándose en las herencias ancestrales, y los programas emocionales que se han gestado a lo largo de mi existencia*". Cuando hablamos del "Falso yo", estamos refiriéndonos a lo que la Biblia le llama: "*El viejo hombre*", el "yo" del hombre. Esto no sólo fue una realidad aplicable al apóstol Pablo, sino fue el lenguaje que ocuparon los apóstoles para expresar la justicia divina. Con estas palabras Pablo no estaba diciendo que su "yo" no existía, o que estaba muerto, sino quiso decir que "*él tenía un ser falso*", o un "*falso yo*" que había definido toda su vida pasada, pero desde el momento que vino a ser un hijo de Dios, ya no podía seguir viviendo según ese "*falso yo*".

El "*falso yo*" es todo el ser del hombre, en especial toda su parte almática, sólo que escondida detrás de una falsa identidad. Según la psicología todos los seres humanos tenemos un "*falso yo*", es decir, nos presentamos ante los demás con una forma de ser, que en el fondo no es nuestro verdadero "yo". El apóstol Pablo sabía que tenía ese "*falso yo*", sólo que él se pudo parar en el terreno de la fe, es decir, se identificó como muerto en la muerte de Cristo, tal y como el Padre mira a la humanidad, de manera que pudo decir estas palabras maravillosas: "*ya no soy yo el que vive*".

¿Por qué muchas veces nos presentamos a nosotros mismos ante los demás con una forma de ser no genuina? En muchos casos es a causa del orgullo, los complejos, los traumas, los temores, los miedos al fracaso, etc. Todas estas cosas se gestan en nosotros de manera inconsciente, es decir, no brotan mediante el uso de la razón, sino por medio de las emociones. Hay personas que tienen temor a envejecer, de modo que gastan energías, tiempo, dinero, y hacen de todo con tal de no envejecer. ¿Acaso esta actitud no es la de un falso yo? ¿Por qué querer aparentar lo que no es real? A esto nos referimos con el "*falso yo*", a

esa máscara que usamos para esconder nuestras debilidades. A medida que van pasando los años, más nos acostumbramos a presentarnos con una personalidad que no es la nuestra. El “falso yo” se arraiga en nuestra manera de ser a raíz de varios factores: En primer lugar, a causa de la genética, es decir, lo que hemos heredado de nuestros padres; en segundo lugar, a causa de lo que vivimos durante nuestro desarrollo emocional. Estas dos fuentes le dan origen a muchas programaciones emocionales en nuestra vida, de modo que nos volvemos expertos en ocultar y aparentar nuestra verdadera condición.

¿Cómo podemos liberarnos de nuestro falso yo? La liberación la obtenemos cuando nos paramos en el terreno de la fe, o sea, cuando creemos que no hay nada ni nadie que nos pueda condenar por lo malo que hacemos, y cuando ya no dependemos de algo bueno para justificarnos delante de Dios. Cuando no vivimos de nada de lo nuestro, entonces, podemos decir como el apóstol Pablo: “*Ya no soy yo el que vive...*”. En el momento que nos paramos en el terreno de la fe, le quitamos la máscara a nuestro “falso yo”. Al identificarnos como muertos en Cristo, el “viejo hombre” empieza a quebrarse, a quedarse sin sustento, y de pronto, empiezan a desaparecer los vestigios de nuestra vana manera de vivir. Al ser libres del “falso yo”, automáticamente empezarán a caer costumbres, malos hábitos, formas de hablar, y aun nuestro semblante. Tal vez antes no podíamos llorar a causa del viejo hombre, pero en nuestro interior éramos muy frágiles; al ser quebrantado nuestro “falso yo” empezaremos a sentirnos en la libertad de llorar. Así hermanos, Dios quiere libertarnos de todos los programas emocionales que le han dado sustento al “Falso yo”.

El efecto de ser identificado en la muerte del Señor, es que en esa medida nuestro “falso yo” ya no puede seguir viviendo.

3.- “CRISTO VIVE EN MI”

Otra frase que agrega el apóstol Pablo en Gálatas 2:20 es: “**Cristo vive en mi...**”. Desde el momento que nos convertimos al Evangelio, el Señor viene a morar a nuestro espíritu, sin embargo, no debemos dar por hecho que desde ese momento Él habita también en nuestra alma. Una cosa es que el Señor more en nuestro espíritu, y otra es que Él llegue a morar en nuestro corazón. La intención de Dios no es que Su Vida se quede sólo a nivel de nuestro espíritu, sino que por la fe Él habite en nuestros corazones. Esta frase del apóstol Pablo no se está refiriendo al hecho de que Cristo vivía en su espíritu, más bien, él está haciendo alusión a que Cristo ahora también habitaba en su alma, es decir, en su verdadero “yo”.

El apóstol Pablo no está diciendo esta frase aislada a lo anterior, sino por el contrario, está confirmando que la consecuencia de haber entendido y creído que el Padre ya lo identificó como muerto juntamente con Cristo, es que su “falso yo” ha quedado sin fundamentos para seguir de pie, sus programas emocionales fueron desmantelados, y por lo tanto, ahora Cristo vive en su alma, en su “yo” genuino.

¿Podemos todos los creyentes tener la Vida de Cristo en nuestros corazones? ¡Por supuesto que sí! ¿Por qué, entonces, no es una realidad para todos? En primer lugar, porque no todos creen que Dios ya los identificó como muertos juntamente con Cristo, y en segundo lugar, porque el Señor tiene que desmantelar los programas emocionales que le dan vigencia a nuestro “falso yo”, para luego Él poder habitar en nuestro “yo genuino”.

La vida cristiana depende de qué tanto Cristo mora en nosotros. No debemos esforzarnos para que el Señor esté en nosotros, porque eso viene a ser una realidad desde el día que creemos en la obra de Cristo a favor nuestro; lo que debemos procurar es que el Señor tenga un lugar en nuestro corazón. Permitámosle que Él desmantele nuestras programaciones emocionales, soltemos las amarras y las máscaras detrás de las cuales nos hemos escondido

por años. Dios está dispuesto a tratar con todos los hombres, por eso vemos ejemplos en los Evangelios de cómo Él trató con un Zaqueo trámposo, con una mujer samaritana insaciable, con una María Magdalena de la cual echó fuera siete demonios, y así, con muchos pecadores con los cuales comió, pero rechazó rotundamente a los religiosos, a los que aparentaban un grado mayor de justicia que los demás.

En realidad, todos los hombres tenemos un “falso yo”, la psicología moderna lo confirma, y bíblicamente el apóstol Pablo dice claramente que él tenía un “viejo hombre”. Aborrezcamos vivir de apariencias, ya dejemos de escondernos en la falsoedad religiosa. Que nos quede impregnado en nuestros corazones que la única forma de quebrar el “falso yo” es creer que Dios ya nos identificó como muertos en la muerte de Su Hijo; si nos paramos en ese terreno de fe, el Señor no dudará en vivir en nuestro corazón, pues, con todo y nuestros defectos, Él nos irá transformando poco a poco, de gloria en gloria.